



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

HELENA

Carolina Fleitas Louro



DIPLOMA 2015

Helena

Irie

Tras volver a mirar por encima de mi hombro por enésima vez, aceleré el paso, esta vez totalmente convencido de que me seguían. Me llevé una mano involuntaria a la navaja que ocultaba bajo la chaqueta. Si me alcanzaban estaría preparado.

La lluvia caía torrencialmente desde las alturas, donde un cielo gris y encapotado confería a todo lo que me rodeaba un aspecto aún más lúgubre y deprimente del habitual. Odiaba aquella maldita ciudad.

“Por fin”, pensé. Dos calles más y estaría en casa. Recorrí el espacio que me separaba de la seguridad de las paredes de mi cuarto lo más rápido que pude, tratando de aparentar normalidad, mientras los peatones, presurosos ante la insistente llovizna, pasaban a mi lado, algunos golpeándome sin querer, otros esquivándome a duras penas, hasta que sentí un pinchazo familiar en el cuello y eché a correr sin remedio. En apenas dos minutos estaba en la entrada de mi casa, jadeante, haciendo un soberano esfuerzo por sostener las llaves que tintineaban debido a las repetidas sacudidas de mi temblorosa mano. Quizás cualquier persona normal habría acudido entre gritos a sus padres, en busca de ayuda, pero yo no. Ya no, al menos. El primer día sí me habían hecho caso, pero, tras varias semanas y unas cuantas llamadas a la policía, mis padres habían optado por tragarse las palabras de aquel estúpido inspector.

“Lo hace para llamar la atención”, había dicho.

Tampoco es que mis padres hayan sido nunca muy listos, por lo que no me extrañó que se aferrasen a aquella pobre explicación para poder eludir una confrontación directa con algo sin explicación aparente. Chorreando, y con la respiración aún entrecortada, tras un breve y seco “Estoy en casa” lanzado al aire, continué hacia mi habitación, sin esperar respuesta.

Me llamo Marcos, tengo dieciocho años y hace unos meses que comencé mi primer año en la carrera de arquitectura.

Desde pequeño, según cuenta mi madre, siempre quise ser arquitecto: diseñar enormes construcciones, que se erigieran edificios importantes y reconocidos en mi nombre... Ahora que he dejado de ser un crío, supongo que ya no me entusiasma tanto la idea. En realidad no me

entusiasmo nada, pero mis padres jamás me dejarían en paz si abandonase los estudios.

Comencé la carrera como muchos otros, sin amigos, aunque, bueno, eso quizás no sea del todo cierto, de hecho, en mi clase resultó que había algunos compañeros con los que había coincidido con anterioridad en el instituto. Hubo una época en la que incluso algunos de ellos llegaron a formar parte de mi círculo de amistades más íntimo; sin embargo, eso había quedado muy atrás en el tiempo. Después habían comenzado a hablar a mis espaldas y a tratar de ponerse en mi contra, así que me había visto obligado a ponerlos en su sitio. La última vez que había interactuado con alguno de ellos había sido para romperle la nariz de un puñetazo. Ese verano lo había pasado solo, aunque tampoco es que me hubiese importado. No necesitaba a nadie y mucho menos a aquellos idiotas. En la universidad no fue diferente, profesores que creían que sabían más que nadie y chicos y chicas que se afanaban en competir entre ellos. Yo podía sacarme aquella carrera con los ojos cerrados, así que era normal que de cuando en cuando me irritase aquella estúpida creencia generalizada de que podían optar a la posibilidad de ser mejores que yo. Es más, al principio, incluso se me habían acercado compañeros de todo tipo buscando entablar conversaciones banales que a mí no me interesaban lo más mínimo. A mis padres les preocupaba bastante aquello, al parecer, pero yo no podía sino sentir repulsa hacia la mera idea de establecer relación alguna con cualquiera de allí, así que había vuelto a quedarme solo.

Hasta que llegó ella.

Ocurrió a la mañana siguiente. Me desperté a duras penas y, tras un frugal desayuno producto de las prisas, me dirigí a la universidad. Llegaba tarde, como siempre. Nunca me había considerado una persona cuyo rasgo más destacable fuese la impuntualidad. Sin embargo, en los últimos meses me había encontrado con serios problemas para conciliar el sueño, por lo que ya no era capaz de recordar la última vez que me había levantado de la cama completamente descansado. Entré en clase inmerso aún en mis pensamientos, que, como cada mañana, protagonizaban un frustrado intento por interpretar los sueños de aquella noche. Ajeno a la mayoría de lo que me rodeaba, ocupé mi habitual asiento en la última fila, junto a la ventana, lo más alejado posible del gentío, aunque tampoco es que nadie fuese a manifestar intención alguna de acercarse a mí, ya que las sillas más próximas a la mía nunca estaban llenas. La clase ya llevaba un rato

avanzada cuando el chirriar de la puerta me hizo desviar la atención del vaivén de los árboles en el exterior a causa del viento. Una chica a la que no había visto jamás entró sigilosamente en el aula, murmurando una rápida disculpa que fue ignorada deliberadamente por el profesor. En realidad, nadie le prestó atención, así que quizás ya llevase un tiempo asistiendo a clase y yo no me hubiese dado cuenta, lo cual sería una explicación bastante plausible, ya que los rostros que era capaz de recordar de mi clase se contaban con los dedos de una mano. Continué observándola, hasta que, con un sobresalto, me percaté de que se dirigía hacia mí. Claro, donde único había sitios libres. Con un suspiro se dejó caer en la silla justo a mi derecha.

—Qué estupidez de clase, ¿eh? —soltó sin preámbulos. Yo la miré con los ojos muy abiertos. ¿Estaba intentando iniciar una conversación?

—Desde luego. ¿Qué se cree que somos? ¿Imbéciles? Eso podría hacerlo hasta un niño pequeño —me encontré respondiendo sin pretenderlo.

La chica me sonrió entre una cortina de pelo negro azabache que dejaba entrever unos penetrantes ojos grises que me observaban con una chispa de interés.

—Me llamo Helena, ¿y tú? —se presentó, sin tenderme la mano o inclinarse para darme un cortés beso en la mejilla en uno de aquellos característicos intentos por parte de las personas de respetar esos estúpidos convencionalismos que rigen la mayor parte del denominado comportamiento social. No, ella simplemente me dio su nombre.

Esta vez sí me tomé unos segundos para responder:

—Marcos.

Ella asintió como si hubiese esperado esa respuesta y no volvió a añadir nada más, hasta que a los diez minutos yo ya me removía, incómodo, deseoso de salir de aquel lugar tan agobiante. Me disponía a recoger mis cosas, que consistían en un lápiz y una hoja de papel en blanco, cuando, como si me hubiese leído la mente, Helena volvió a dirigirse hacia mí.

—¿Quieres marcharte de aquí? —susurró con voz traviesa. Yo me envaré, sin saber muy bien qué debía responderle. Sin embargo, mi expresión tuvo que bastarle, ya que a los cinco minutos estábamos fuera caminando sin rumbo por los alrededores del establecimiento.

Hacía muchísimo frío y el viento no hacía sino golpearme en la cara una y otra vez, como

advirtiéndome de que no debería estar ahí. Helena paseaba a mi lado, sin dar muestras de que mi presencia la inquietase lo más mínimo. Aquello sí que era nuevo para mí. Claro que aún no le había dado tiempo a conocerme, aunque, ¿a quién sí? ¿Acaso alguien había llegado alguna vez a conocerme del todo?

Dudoso.

—Te estás preguntando por qué aún no he huido de ti, ¿no es así? —preguntó de improviso para, una vez más, pillarme desprevenido.

Titubeé, sin saber muy bien cómo sonar más molesto que sorprendido. Ella se me adelantó:

—No tienes de qué preocuparte. Sé lo que se siente. A mí tampoco me resulta fácil soportar a las personas. Hablan mucho, de cosas absurdas y luego te apuñalan por la espalda — musitó—. Además, te he estado observando —añadió con una sonrisa burlona.

—¿Y se puede saber por qué me espías? —pregunté con cautela, entrecerrando los ojos. Aquella chica no terminaba de inspirarme confianza. Bueno, lo cierto era que no confiaba en ella en absoluto.

Ella se rió como si de verdad le hubiese hecho gracia lo que acababa de decir, ajena a mis pensamientos. O eso quería creer.

—¿Es que aún no lo entiendes? —respondió con voz cantarina—. Somos iguales. Sólo quería asegurarme de que podía confiar en ti —agregó con un encogimiento de hombros.

—¿Confiar en mí? —reiteré un tanto incrédulo. ¿Acaso pretendía que yo a cambio confiase en ella? No confiaba en nadie, y mucho menos en alguien que demostrase el más mínimo interés por mi persona.

—Hay cosas que quiero cambiar —replicó cortante.

Esta vez aparté la mirada de los edificios que nos rodeaban para girarme hacia ella, me estaba cansando de sus jueguitos. Sin embargo, nunca pude comenzar la frase que tenía en mente. Es más, al segundo siguiente ni siquiera recordaba lo que me disponía a responderle, porque Helena ya no estaba. Había desaparecido.

Pasaron dos semanas hasta que volví a verla.

Era otra fría mañana de diciembre y los alumnos se removían en sus asientos presas de la incertidumbre previa a cualquier examen. Algunos habían decidido que aún era demasiado pronto para estudiar y el momento adecuado para salir de fiesta con los amigos, otros quizás habían estudiado incluso demasiado. Pero, aquel día, tanto unos como otros, amigos al igual que aquellos que jamás habían intercambiado palabra, se unían, por una vez, al compartir una misma preocupación: aprobar el examen.

Yo mismo no había estudiado mucho, a decir verdad, pero supongo que lo achacaba al sueño, al insomnio, a las pesadillas... y, probablemente, el poco interés que me inspiraba todo aquello también tuviese parte de culpa. De todas formas, no creía realmente que fuese a tener demasiado problema a la hora de hacer el examen, así que no me importaba.

Hasta que ocurrió.

Tras indicar mi correspondiente nombre y apellidos seguidos del grupo al que pertenecía, me dispuse a responder la primera de las preguntas. El cuello de la camisa me apretaba un poco, así que lo aflojé mínimamente. Leí la pregunta. Y la releí. Y la volví a leer. La maldita camisa continuaba oprimiéndome, así que solté el primer botón. De repente ya no tenía frío y el calor ascendía a mis mejillas con violencia. Me quité el abrigo y regresé a mi tarea. Aún tardé unos minutos en darme cuenta. Me di cuenta de que algo en mi mente no iba bien y que no era capaz de recordar nada de lo que debería estar escribiendo. Y la camisa seguía molestándome.

—¿Algún problema, señor Dávila? —me sobresaltó una voz grave. El profesor—. ¿Es que el examen es demasiado complicado para usted? ¿O es que ha tenido demasiada juerga durante estos días? —yo le miré con cara de pocos amigos en forma de muda advertencia, pero él decidió seguir adelante—. Por lo menos debería intentar venir peinado a mi clase —prosiguió con sorna mientras un coro de risas suaves le respaldaba.

El último pensamiento coherente que cruzó mi cabeza fueron las palabras de mi madre aquella misma mañana: “¿Vas a ir así a clase? Marcos, deberías cuidarte más. ¿Cuánto hace que no te cambias esa camisa?” Después mi visión se tiñó de rojo y cinco minutos más tarde caminaba en dirección opuesta al rectorado, adonde mi buen profesor me había enviado con la esperanza de que comentase con él mi supuesto comportamiento inadecuado al haberle dirigido palabras nada

agradables. Yo, desde luego, no iba a ir a pedir perdón a nadie, así que me marché. Gracias a Dios, afuera hacía bastante frío, por lo que aquella sensación de calor sofocante fue desapareciendo poco a poco. Cerré los ojos durante un rato, en un intento de abstraerme, aunque fuese durante unos minutos de aquella realidad mediocre, pero maravillosamente silenciosa a aquellas horas de la mañana.

—Se merecía eso y más —susurró de repente una voz femenina a mi oído. Helena, por supuesto.

Muy a mi pesar, permanecí perplejo durante algunos segundos antes de poder responderle. No recordaba haberla visto en el examen, aunque tampoco es que la hubiese buscado. ¿Y por qué me preocupaba en si me había fijado o no? Durante unos segundos me sentí imbécil. Por otro lado, ¿por qué había salido tan pronto? Apenas debían de haber transcurrido diez o quince minutos desde que me echasen del aula. ¿Y por qué me estaba cuestionando aquello? Lo que hiciese o dejase de hacer aquella chica no era de mi incumbencia, ni deseaba que lo fuera.

—¿Qué quieres ahora? —le respondí en su lugar, con brusquedad, al percatarme de que estaba tardando demasiado en darle una respuesta.

—Quería verte —se limitó a decir.

Yo mantuve una expresión estática en el rostro, sin saber muy bien cómo reaccionar, aunque aquello estaba comenzando a dejar de ser algo novedoso. Helena siempre lograba descolocarme. Así que, antes de poder impedirlo, ya estaba formulando mi pregunta:

—¿No deberías estar haciendo el examen?

Helena sonrió muy ampliamente, con picardía.

—Ya te dije que quería verte —manifestó— Vi cómo te echaban, así que decidí que no valía la pena quedarme ahí. El examen era algo secundario.

Yo guardé silencio. Desde luego aquella no era la respuesta que esperaba, aunque me sorprendí a mí mismo asintiendo, conforme, así que quizás sí era la que buscaba. Aquello volvió a sorprenderme más, si cabe.

—Ven conmigo —musitó entonces Helena interrumpiendo mis silenciosas cavilaciones. Yo la miré, apático, me estaba tendiendo la mano.

Si hubiese sido cualquier otra persona seguramente habría desdeñado el ofrecimiento sin ni siquiera molestarme en alegar una excusa decente. Seguramente me habría marchado sin ni siquiera despedirme. Seguramente no me habría parado si quiera a pensar qué debía hacer a continuación.

Pero era Helena. Y, por primera vez en mucho tiempo sentí un chispazo de curiosidad. Sin embargo, no acepté su mano.

—Además —prosiguió ella con la conversación anterior, sin dar muestras de contrariedad a causa de mi rechazo —no soporto la idea de que un viejo pedante puntúe mi inteligencia según su propio juicio, con números del 1 al 10. Nadie debería tener el derecho a convertirnos en simples números —finalizó con voz monótona, como quien ha repetido la misma cantinela ya demasiadas veces.

Durante las horas siguientes, nos perdimos por los campos que circundaban la facultad, por carreteras apenas transitadas, callejas...Y hablamos. Hablamos más de lo que jamás había hablado con nadie. Helena era... ¿cómo describirla? Una maraña de pensamientos confusos e inconexos que para mí cobraban cada vez más fuerza y sentido, que me sumergían en una reconfortante sensación de caos y orden simultáneo. Compartía todas y cada una de mis maneras de pensar, cada uno de mis temores, y, tras varios meses así, sentí que la seguiría hasta el fin del mundo.

Ya ni siquiera saludaba a mis padres al llegar a casa y en la universidad había tenido serios problemas con algunos de los profesores. Sin embargo, me habían dado otra oportunidad, lo que sugería una probable y desesperada intervención por parte de mis padres. No es que le diese importancia a nada de aquello, pero lo cierto era que Helena tenía razón, mis padres no habían sido nunca muy de fiar. Mi madre siempre mirándome con miedo, mi padre con desprecio. Aquella no era mi familia. Aunque la verdad era que no tenía a nadie. Pero no importaba, la tenía a ella.

Entonces llegó aquella noche.

Esa noche mis padres me obligaron a cenar con ellos por primera vez en mucho tiempo. La cena transcurrió como debía, los tres en silencio. Sin embargo, yo sabía que algo no iba bien. Aquella tarde, al llegar de estar con Helena me había dado cuenta de que la casa tenía un olor

extraño, no obstante, en un principio, no le había otorgado más relevancia de la debida. Pero, horas más tarde, sentado a aquella mesa, todas mis alarmas se dispararon y, tras el primer bocado, la voz de Helena resonó en mi cabeza con una claridad abrumadora: “No te lo comas”. Estrellé el tenedor con fuerza sobre el plato y, sin pronunciar palabra, salí corriendo a mi habitación. Una vez dentro, eché el pestillo y me metí en el baño. Intentando no dejarme llevar por el pánico, me agaché sobre el agua que caía del grifo y me froté la lengua repetidas veces, primero solo con agua, después con jabón. Cuando levanté la vista mi pálido reflejo en el espejo me devolvió la mirada. Una mirada demacrada, plagada de ojeras, protagonizada por unos ojos azules totalmente aterrorizados. La camisa, manchada desde hacía días y la maraña de enredos en la que se había convertido mi pelo completaban el cuadro. Pero a mí no me importaba, tan sólo me repetía las mismas palabras una y otra vez, presa de la conmoción: “Mis padres intentaban envenenarme, mis padres intentaban envenenarme, mis padres...” Me agarré el estómago con un jadeo mientras me atacaban las náuseas. Tambaleante, me postré sobre el retrete y vomité. Cuando acabé, aún permanecí temblando en una esquina. La luz del techo me quemaba, y mi vista se había vuelto borrosa y yo no entendía por qué. Seguía teniendo un calor horrible así que prácticamente me arranqué la camisa.

Y cuando ya creía que me volvería loco, la oí. Provenía de mi habitación. “Ven, Marcos”.

Parpadeando, en un esfuerzo por ver mejor, la reconocí. Y ella me miró fijamente desde el borde de la cama. ¿Cómo había llegado hasta aquí? De repente la tenía frente a mí limpiándome las lágrimas de los ojos con ternura. ¿Cuándo había empezado a llorar?

—Ya está bien Marcos —me susurró con voz dulce— Esto tiene que acabar.

Yo asentí como un niño pequeño, no podía más. Me dolía mucho la cabeza y mi pecho subía y bajaba desenfrenado, mientras yo era consciente de que estaba perdiendo el control y los gritos de mis padres comenzaban a llegar hasta mí, seguidos de insistentes aporreos en la puerta.

—¡Dejadme en paz! —grité repentinamente iracundo, antes de que las piernas me fallasen y me doblase sobre las rodillas, tapándome los oídos con las palmas de las manos. Tenía que salir de ahí.

Entonces, una mano extendida se interpuso en mi campo de visión y yo levanté la vista

confundido.

Helena me estaba tendiendo la mano. Como aquella vez.

—Vámonos de aquí —musitó— No puedo permitir que sigan haciéndote daño. Vámonos lejos, Marcos, solos tú y yo —y, esta vez, lenta y dubitativamente, estiré el brazo hasta que tuve su mano entre mis temblorosos dedos. Hacía mucho tiempo que no le daba la mano a nadie. Más del que podía recordar. Y era una sensación cálida. Era la mano de Helena.

Despacio, muy despacio, me incorporé con su ayuda y fui tras ella, un paso detrás de otro. Ya no tenía calor, ya no tenía miedo, ni siquiera oía ya apenas los gritos de desesperación de mis padres. Por fin iba a huir de ahí, de aquel cuarto que había sido mi refugio y mi prisión durante tanto tiempo. Helena no dejaba de mirarme sonriente mientras se subía al alféizar de la ventana y yo la seguía, cegado por su belleza. Me posicioné junto a ella, ambos al borde del abismo que nos separaba del suelo, donde los coches circulaban ajenos a lo que estaba ocurriendo. Porque sabía que la seguiría hasta el fin del mundo.

Y eso hice. Cuando Helena dio un paso sobre el vacío, yo lo hice.

La seguí. Y, tal como ella me había prometido, todo terminó.

A la mañana siguiente, el mismo titular, enorme y en gruesas mayúsculas, acaparaba cada uno de los periódicos de la ciudad. “Joven se suicida desde un décimo piso”. Y si uno se paraba a leer dicho artículo, y mucha gente lo hizo, averiguaría que, tras una exhaustiva entrevista a padres, profesores y compañeros, se había requerido la intervención de un psiquiatra, que le había diagnosticado a dicho joven una esquizofrenia severa, un trastorno mental que altera la percepción de la realidad del afectado que puede sufrir, entre muchos otros síntomas, alucinaciones de diversos tipos, lagunas en la memoria, descuido de la higiene personal, insomnio y presentar una conducta delirante y de rechazo social, que los padres achacan a la edad, los profesores a la bravuconería y los compañeros y amigos a simplemente el comportamiento propio de un rarito. Sin embargo, la lucha por contrarrestar los efectos de esta enfermedad, a fin de que los que la padecen puedan llevar una vida normal, continúa. Y, sí. Por supuesto que pueden.